

EDITORIAL

EL DR. GUILLERMO SOBERÓN Y EL INSTITUTO DE FISIOLÓGÍA CELULAR

No cabe duda que hemos perdido a uno de los hombres más valiosos, no sólo de nuestra Universidad, sino de este país; su legado es enorme. Relato como ejemplo algunas experiencias que viví con él, que nos generaron, no sólo favores, sino enseñanzas, como la persona que era.

Entre las muchísimas cosas que Guillermo Soberón impulsó, no sólo en la UNAM, sino en el país; es importante no sólo hacer saber a cuantos sea posible, ni sólo recordar lo que hizo, sino meditar en su obra, sus intenciones y en especial sus modos de lograr tanto, como un ejemplo que todos quienes ocupan posiciones importantes debieran seguir.

Habiendo obtenido su Doctorado en Bioquímica, en la Universidad de Wisconsin, al regresar a México, decidió impulsar la Bioquímica en el país, junto con El Dr. José Laguna, nuestro maestro. Creó en el entonces Instituto Nacional de Nutrición, un Departamento de Bioquímica, y se asoció con el Dr. Laguna, recién designado Jefe del Departamento de Bioquímica de la Facultad de Medicina, para impulsar esta rama de la ciencia en México. Este par, secundado por otros bioquímicos no abiertamente declarados como tales, entre quienes destacan, y hablo en presente, pues no se olvidan, Guillermo Carvajal, en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional, y Edmundo Calva en el Instituto Nacional de Cardiología, se lanzaron a desarrollar la idea de reclutar a cuanto joven interesado en la ciencia, para incorporarse a los incipientes grupos que habrían de desarrollar, impulsar y obtener los recursos económicos necesarios.

Al tiempo que encaminaban sus esfuerzos en este sentido, y como parte de él, formaron la Sociedad Mexicana de Bioquímica, que inició con sólo 14 miembros, y no todos precisamente bioquímicos, el primero de julio de 1957. Esto ocurrió antes de la creación de la Academia Mexicana de Ciencias, su primer Presidente fue el Dr. Soberón. Esta Sociedad, a diferencia de otras, no sólo buscó simplemente incorporar más y más miembros, sino que se distinguió por la organización de reuniones

mensuales, de los miembros y los estudiantes, para presentar y discutir los distintos temas de investigación de cada grupo. También se decidió organizar un congreso anual, que al principio, dado el tamaño de nuestra Sociedad, hubo de realizarse al amparo de la Sociedad Mexicana de Ciencias Fisiológicas.

De cualquier manera, ya en 1968 se realizó el primer congreso de nuestra Sociedad, ya en forma independiente en 1973, en el hotel Real de Minas de la Ciudad de Guanajuato. Ya estuve yo involucrado, como Secretario-Tesorero, al lado de Fernando Bastarrachea, que era el Presidente en turno.

La Sociedad fue creciendo; en la actualidad tiene cerca de 900 miembros numerarios, además de los miembros estudiantes. Esta rama de la ciencia se continúa desarrollando en muchos puntos del país. El esfuerzo dio frutos, gracias a la persistencia de los fundadores, y ahora de sus sucesores.

El Dr. Soberón continuó una carrera brillante, fue luego Director del Instituto de Investigaciones Biomédicas, y finalmente Rector, designado en pleno conflicto estudiantil, en 1972; ahí empezó a mostrar toda su capacidad para resolver todo género de problemas, primero el estudiantil y luego el de los trabajadores, que dio lugar a la creación del actual STUNAM. Vale la pena señalar que para evitar la creación de un solo sindicato, vio la forma de que se creara la AAPAUNAM, que agrupa por separado a los académicos.

Luego de resolver los principales problemas, decidió hacer crecer a la UNAM, en un plan que no sólo incluía a la ciencia, sino también en forma importante, la cultura. En el primer caso, logró la construcción de edificios separados para los institutos de investigación que actualmente disfrutamos muchos de nosotros, pero también en el área de la cultura, logró obtener recursos para la creación del Centro Cultural Universitario. Un tema que me llamó la atención, fue que un día, desde la torre de la rectoría, me mostró hacia el Sur, el inicio de la construcción de la Sala de conciertos

Netzahualcóyotl, cosa que me pareció exagerada, pero el tiempo le dio la razón, es ahora uno de los lugares con mayor asistencia a todo género de excelentes conciertos, la mayoría a cargo de la Orquesta Filarmónica Universitaria.

La creación del Centro de Investigaciones en Fisiología Celular

Para lo que es el grupo de investigadores de nuestro Instituto, es en especial importante recordar el cómo, por su causa, se generó.

Ya para 1970, el Dr. Laguna logró reclutar jóvenes para el Departamento de Bioquímica de la facultad de Medicina con dos objetivos: prepararlos para la docencia, con la idea de ir sustituyendo a los viejos profesores, algunos de los cuales estaban francamente retrasados en sus conocimientos. Pero el otro, más ambicioso, desarrollar un grupo sólido de investigación, a partir de lo que era sólo un espacio en la Facultad, ya en Ciudad Universitaria. No sólo logró iniciar algunos proyectos, con equipo y medios más que limitados, que no obstante, con una insistencia y trabajo admirables, le permitieron ir avanzando. Fuimos algunos agraciados con su aceptación, que sin embargo, era condicionada a una entrega total al trabajo y al estudio, para poder satisfacer sus planes en términos de la docencia y la investigación. Hacia finales de los sesenta logró un apoyo de la Fundación Rockefeller, que cambió nuestras expectativas, y nos permitió abordar con equipos y medios mucho más acordes con lo que era la Bioquímica moderna.

Así formó un grupo de jóvenes. En un principio participábamos en sus proyectos, pero luego, al parecer con la idea de centrarse más en las actividades que requerían sus fines, en especial la obtención de recursos, nos fue dando libertad. Trabajábamos sin parar y contentos; empezamos a lograr nuestras publicaciones.

Por otra parte, en el Instituto de Biología, el Dr. Guillermo Massieu había iniciado un grupito de investigación en el área de las neurociencias, en el que estaban Ricardo Tapia a la cabeza, Miguel Pérez de la Mora y Herminia Pasantes, que luego se fue a Estrasburgo a obtener su doctorado. Pero luego el Dr. Massieu fue llamado por su *alma mater*, primero como Director de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, y después con Director General del Instituto Politécnico Nacional. Ante tal situación, el Dr. Laguna los adoptó, en especial para participar en los seminarios semanales de nuestro Departamento, e iniciamos, no sólo una relación

académica, sino también de una excelente amistad.

Y todos éramos felices, pero...

Luego del movimiento del 68, quedaron inquietudes de muchos de sus participantes, y en 1972, decidieron iniciar uno de tantos "movimientos", para exigir que la UNAM fuera manejada por un "Cogobierno", constituido por académicos, estudiantes y trabajadores. Desafortunadamente, el movimiento se inició en la Facultad de Medicina, de la cual había sido designado Director nuestro Maestro Laguna. El resultado fue luego un paro de labores impulsado por los estudiantes, que se llevó por un tiempo nuestras actividades.

Como ya mencioné, en medio de esa crisis fue designado Rector el Dr. Soberón, quien logró detener el "movimiento" estudiantil, pero luego hubo de enfrentar el de los empleados de la UNAM, que exigían un sindicato que nunca habían tenido. Luego de muchos meses, todo terminó, y volvimos a nuestro trabajo.

Pero en ese entonces, el Maestro Laguna se puso a considerar que durante los paros, las actividades en los institutos no se habían interrumpido, y dijo: "es muy difícil hacer investigación en las facultades, comparadas con los institutos". Movié cielo y tierra, desde luego que con el apoyo del Dr. Soberón, para lograr que un grupo de nosotros se fuera, además, al recién construido y nuevo edificio del Instituto de Biología. Hizo la propuesta, la envió, se formó una comisión para analizarla y la aceptó. Fue así que su alumno Armando Gómez Puyou, justamente preferido, fue el encargado de formar el grupo que se iría del Departamento. Todo se organizó y preparó, y el 15 y 16 de septiembre de 1973, cargando con nuestras manos todo lo que necesitábamos, nos fuimos al Instituto de Biología, bajo la jefatura de Ricardo Tapia, y la dirección del Dr. Márquez.

Pero en el Instituto de Biología no sólo estaba el grupo de Neurociencias; había otros más, claramente separados del grupo de Ricardo Tapia, como sigue.

En el Departamento de Biología Experimental del Instituto de Biología había una fracción dedicada en buena parte a la investigación básica: Ricardo Tapia, Jefe del Departamento, Miguel Pérez de la Mora, Jesús Manuel León, Beatriz Gómez Lepe. Técnico: Graciela Meza, (estudiante). Estudiantes y ayudantes de investigador: Rolando Lara, Rocío Salceda, Ana Ma. López Colomé, Ma. Elena Sandoval.

Otra fracción era: Rafael Villalobos Pietrini, líder del grupo, entonces en el extranjero, Roberto Llamas, exdirector del Instituto, Guadalupe Palomino. Abraham Rubluo, Sandra Gómez Arroyo, Jorge Cabrera, Amelia Sámano (entonces en la Facultad de Medicina) y Carlos González Jarquín.

De la Facultad de Medicina, Armando Gómez Poyou seleccionó a los siguientes; Aurora Brunner, Alfonso Cárabez. Victoria Chagoya, Edmundo Chávez, Edgardo Escamilla, José Luis Molinari, Antonio Peña, Enrique Piña, Marietta Tuena, y Angel Arroyo.

Al regresar del extranjero, Rafael Villalobos tuvo diferencias, en la que logró la solidaridad de investigadores de otros departamentos. La situación duró algunos meses, y finalmente un día, Ricardo Tapia, por sus diferencias con el Director, renunció; este último nombró como Jefe a Armando Gómez, quien logró salvar las diferencias mediante una resistencia pasiva, y volvimos a trabajar en paz. Pero un buen día llegó Armando conmigo y me dijo: "Peña, me voy de un semestre sabático a Suecia; ya hablé con el Director, y tú te quedas de Jefe Interino".

Aunque todo estaba en paz, teníamos problemas económicos. El Dr. Laguna nos había contratado un administrador, Ramón Trejo, quien un día me comentó que andábamos mal de dinero, y no llegaríamos más allá de julio o agosto para quedarnos sin nada.

Ésa fue mi primera tarea difícil de resolver, luego de pensarlo un tiempo, llegué a la conclusión de que el único que nos podría resolver el problema sería el Rector Soberón; pedí permiso al Director de ir a verlo y me lo concedió; hice una lista de lo que necesitábamos, que eran como dos millones de pesos, y obtuve una cita.

Me recibió como siempre, con gran amabilidad. Luego sin chistar me dio los dos millones de pesos, pero al despedirme, me dijo: "Antonio, ustedes tenían la idea de convertirse en un Centro de Investigación, deberías hacer un proyecto".

Celebramos con una cena en mi casa, que tendríamos para comprar equipos que faltaban y para materiales y reactivos para el resto del año, y me olvidé del asunto del Centro. Un día, allá por el mes de agosto, me encontré con el Director, que me dijo; "Antonio, vi al Rector y me preguntó que cómo va el proyecto del Centro". Le contesté: "Ya casi lo tengo; en una semana lo entrego". Volví en

mí, y me dediqué, con Jesús Manuel León a elaborar la propuesta, que entregué al Coordinador de la Investigación Científica, el Dr. Agustín Ayala. Lo pasó a su secretaria, la Lic. Diana Ortega, quien en unos días me lo regresó con algunas modificaciones, de las cuales la más importante era el nombre; proponíamos que fuera el Centro de Biología Experimental, lo cual no gustó, hubimos de aceptar que se llamara el Centro de Investigación en Fisiología Celular.

El asunto se turnó al Consejo Técnico de la Investigación Científica, que lo aprobó en octubre de 1977, para que en enero de 1978 se publicara el decreto de su creación. Luego de un proceso rápido, el Dr. Soberón hizo una terna, nos entrevistó, y me escogió como el primer director. Pude entonces, no depender de un Director, sino serlo, e iniciar una campaña en la que mi primer objetivo era obtener recursos, para que a nadie le faltara nada, pero eso sí, bajo la condición de un rendimiento aceptable. Teníamos colegas que publicaban mucho, pero prácticamente nadie terminaba su año sin alguna publicación. Eso era y sigue siendo, el ya no Centro, sino nuestro querido instituto. Yo pedía dinero por todas partes, y en algunas me lo daban, y logramos equipar razonablemente nuestros laboratorios.

Esa es la historia resumida de la creación de nuestro Centro, que con los años habría de convertirse en el Instituto de Fisiología Celular.

Es necesario recalcar como una especie de conclusión, el carácter, no sólo visionario, sino la enorme cantidad de trabajo, que además dio lugar a un desarrollo hasta entonces no pensado por otro Rector, exceptuando tal vez la construcción de la Ciudad Universitaria. Pero hay que recalcar que muchos de sus logros se acompañaban, no sólo de una visión, sino de un trabajo intenso, pero encima de todo estaba su generosidad y su carácter humano y siempre amable y de respeto hacia los demás; nunca recuerdo haberle oído expresiones ofensivas contra nadie. El desarrollo subsecuente de nuestro Centro y luego Instituto, queda como otro testimonio de las cualidades de aquel Rector.

Siempre he dicho que nunca en la vida, en ninguna circunstancia, ninguna autoridad me ha dado más de lo que pedía, como fue este caso, ante la generosidad y visión del Dr. Guillermo Soberón. Descanse en paz

Antonio Peña Díaz
Instituto de Fisiología Celular UNAM